CORDIAL MAGIA ENEMIGA

POR

TOMAS LOPEZ RAMIREZ

> «Pero el mago prefirió su acto puro, su diestro artificio, interrumpiendo, aislando momentáneamente, pero sin poner un dedo siquiera en la gran obra de continuidad secreta y ajena.»
>
> José Lezama Lima.

Esta noche no saldrás de tu habitación, lo sabes, es tu día libre, pero no saldrás. No te importa que el aire se vaya mezclando con el olor del alpiste y las excrecencias de las palomas, pobres, hasta están enfermas. Estás aburrido y cansado, pero tienes que ensayar, sí, siempre ensayar, no hay otro camino hacia la perfección. Hace un minuto descolgaste el teléfono, te avisaron que había un paquete para ti, demonios, ojalá no hubiera ninguno, pero allí estaba, te acosa tu propio oficio, pero tienes que ensayar, verificar las técnicas hasta el agotamiento. Ahora te miras otra vez en el espejo, y estás sin afeitar, maldita sea, ni ganas de afeitarte tienes, pero tienes que ensayar trucos y más trucos, toneladas de trucos que tienes que oficiar con armónico dominio.

Esta noche no saldrás a buscar una de tus amigas para que llene las horas con su cuerpo, pero qué más da, mejor te quedas y ensayas, mañana tendrás que repetir el espectáculo, lo que te molesta repetir el espectáculo, ya te cansan los mismos trucos y ahora otro paquete esperándote, con nuevos trucos, a ver si los incorporas fácilmente, tal vez no sea tan aburrido aprenderlos. Ahora tocan en tu puerta y abres, te enfrentas al paquete y lo tomas, lo tiras en la cama, das las gracias y una moneda. Lo miras, solamente lo miras y no quieres abrirlo, son trucos nada más. Mejor piensas en otra cosa mientras te decides, tal vez una jira de descanso por las islas de Barlovento, o mejor Sotavento, y de paso das un espectáculo para deslumbrar a los habitantes con trucos viejos que serán desconocidos para ellos. Ah, jamás serás como los magos de los emperadores chinos, cómo los has admirado siempre, hasta lees sus biografías. No soportas ese Club en que trabajas, tú que eres dueño de una empresa de artes mágicas y ahora ese Club, donde nadie entiende nada del arte que comunicas, ni siquiera te prestan la atención debida, sólo les importa beber y mirar las mujeres que caminan en círculos por la pista solicitando atenciones y clientes, y te la

roban a ti, malditas, pero cómo te quieren, al menos, qué bien se portan contigo si las necesitas. Mañana volverás al club, entrarás y te pondrás tu levita, saludarás y mientras tanto sacas monedas de los bolsillos de los espectadores, después harás el juego de las cartas que se achican y los pañuelos que se desdoblan, y después las palomas, pobres, están enfermas, cómo botan el alpiste, no tienen apetito. El teléfono suena otra vez, llamada de larga distancia, tu mujer, desde luego, vendrá la semana próxima, sí, querida, estoy trabajando mucho, muy contento, me pagan muy bien, soy un gran éxito. Sí, sé que estás enojada, tanto tiempo separados, dices todas estas cosas y aunque te ríes; al mirarte en el espejo tu rostro no está alegre, deja de sonreír y se fastidia.

Ahora has decidido que el paquete lo abrirás mañana, pero esta noche no, aunque no saldrás de tu habitación, y tampoco vas a ensayar, qué diablos, te vas a acostar y te dormirás mientras escuchas el breve aleteo de las dos palomas en la jaula, pobres, están enfermas, no han comido nada y tanto dinero que te gastas en alpiste.

No hacen más que entrar y enseguida están rodeándote, cómo te quieren las muchachitas, te besan, te abrazan, te llevan la jaulita al camerino. Tú sonríes con indiferencia y caminas erguido y jadeante y pides diez minutos de atraso para el espectáculo, necesitas vestirte y hacer ajustes tardíos. Luego te pones la levita y como de costumbre el truco de los pañuelos y las palomas que van saliendo varias veces del sombrero de copa y casi nadie que aplaude, y la banda de acero que vuelve a tocar, y los hombres que no han dejado ni un segundo de mirar a las mujeres y sin que te lo propongas ha terminado tu espectáculo y estás de regreso en tu camerino. No has dejado de pensar en la caja pero te preocupa abrirla, es como si sospecharas un contenido maligno y deslumbrante que te convirtiera en una especie de artífice de agorerías o algo así. Y se abre la puerta y entra la Rosita que te felicita siempre y después la Isabelita, y la Susita que quiere pasar la noche contigo, pero no puedes aceptar, estás agotado y hay que ensayar, ah sí, y preparar los nuevos trucos, además curar a las palomas, pobres, siguen enfermas, habrá que darles un alpiste medicado tal vez.

Aun antes de encender la luz de tu habitación, ridículo, estás mirando la caja. Es necesario que la abras ahora, te apresuras y rompes las envolturas y comienzas a sacar papeles y papeles y luego cajas pequeñas y libros de bolsillo, y finalmente la carta, extraño, una cartita que cayó furtiva entre las cajas. Reconoces la letra y después el nombre de tu socio, que te envía los últimos trucos perfeccionados por Sung-Ling, mago del Barrio chino que te enseñó muchos y que acaba de morir

a los noventa años. Comienzas a escarbar las cajas, lo miras todo nerviosamente, los trucos que te darán la gloria, es increíble, por fin tu empresa alcanzará la fama, y la fama será para ti. Esta noche no darás espectáculo, comenzarás a ensayar los trucos y te irás a trabajar a otro sitio, imposible estrenarlos en el club, qué locura. De momento no comprendes los artefactos habrá que consultar los libros de Sung-Ling, todo está muy complicado. Vas leyendo y descubres trucos convencionales, nada maravilloso, hasta ya te vas descorazonando, era demasiado esperar otra cosa... Pero este último te intriga mucho, no lo entiendes y tienes que seguir unas indicaciones especiales. Es algo más que dignos artificios, es algo que puede acercarte a poseer la magia verdadera, la magia de la plenitud y la apoteosis. Tus manos están temblando como nunca lo han hecho, no puedes evitarlo, las palomas empiezan a revolotear en la jaula, te dejas caer en la cama y lees con avidez, ahora están chillando, deben estar mucho mejor, querrán alpiste, tienes que levantarte y cuando vas a mirar en la jaula una de las palomas está tirada con las alas muy estiradas y la otra le pasea alrededor muy erguida, y revolotea como si acabara de salir del sombrero de copa.

El teléfono suena y suena, no quieres responder pero la estridencia es ya intolerable, qué diablos quieren, es del club, que si no trabajas hoy estás despedido, y tú que se vayan al infierno, no trabajo más ahí, que se busquen otro. No has salido en tres días, las tazas de café y las colillas se han ido aglomerando en la mesita, querías ensayar el gran truco, tenías que dominarlo, y la barba te fue creciendo, y la otra paloma se escapó de la jaula y la dejaste ir, porque ya no te importa nada de lo que hacían antes. Pero vuelve a sonar el teléfono y esta vez no contestarás, lo vas a dejar descolgado pero sin respuesta, que se mueran esperando. Pero esta vez te tocan a la puerta, malditos sean, seguramente quieren cobrarte, seguramente se venció la cuenta, pero no sabes ni qué día es, abrirás la puerta y le darás una excusa, no cobro hasta pasado mañana (que a lo mejor será viernes), y entonces ves unos ojos que te miran, te escrutan de arriba abajo estupefactos, te sonríen levemente y entonces dicen hola, querido, has estado muy ocupado según veo, te sorprende que haya venido hoy, pero es que quiero aclarar contigo unos asuntos. Tú te excusas de todas maneras, el cuarto huele un poco mal, no estás afeitado, has estado trabajando en unos nuevos trucos. Eso ya no importa, te dice, porque lo que quiero decirte no tomará mucho tiempo, para que sigas ensayando, porque me doy cuenta que es lo que más te interesa, y eso en palabras sencillas quiere decir que me voy a divorciar de ti. Has estado mirando la jaula de las palomas, vacía, aunque todavía ruedan algunas

plumas marchitas, y te vuelves, sosegado por el agotamiento, y una súbita ira que te sube, y como quieras, querida, como quieras, acabemos de una vez que tengo prisa, quiero dormir un poco.

Efectivamente, al abrir los ojos descubres que es viernes. Ella está en la silla y no ha dejado de mirarte. Te metes al baño y te olvidas de que ella está ahí, esperando que tú digas algo, que pidas perdón, pero la verdad no lo crees necesario y no piensas hacer ni decir nada. Entonces estás de acuerdo, te dice; el abogado te citará más tarde. Tú tarareas en la ducha. Entonces no tengo nada más que hacer aquí. Oyes la puerta que se abre y te decides a salir corriendo, desnudo y mojado, pero ya se cierra sobre ti, intentas gritar, pero de pronto desistes, piensas que ya no es necesario, pero vuelves a sentir un impulso iracundo y sales gritando, pero en seguida tienes que volverte porque te tropiezas con una de las camareras y no crees necesario que te vea como estás, desnudo y mojado.

Esta noche has vuelto a repetir el espectáculo. No querías, pero hay que pagar la cuenta del hotel, y además aún no dominas tu nuevo artificio. Has debido suprimir el acto de las palomas y lo sustituyes con el de las cartas, sí, cómo mareas a los espectadores, no te descubren el truco, y de pronto ves que también ella está ahí, mirándote, desnudándote burlonamente, ella, que sabe muchos de tus trucos, ella, que ahora parece gritarte lo simple que es este truco y los otros y todos. Las manos comienzan a temblarte y, por suerte, terminas con las cartas y un rápido ademán para sacar los pañuelos y después unos escasos aplausos que salen del fondo del salón donde no se puede ver nada, y ella que sigue mirándote, parece que se sonríe, te sigue con la mirada y aunque caminas erguido sientes que te encorva la espalda, esa mirada que ha sido una inmensa burla, como el sombrero de copa y la levita, una furiosa interminable burla.

Se ha cansado de tocar la puerta de hacer sonar el teléfono de gritar tu nombre, mientras por el suelo han rodado todos los cigarrillos que te has fumado, y después tú mismo que sudas y te encorvas y ruedas y te arrastras en busca de un pañuelo, lees sin descanso la advertencia contra la tentación de suicidio, está muy claro, explica Sung-Ling, que la angustia producida por la intensa metamorfosis puede conducir al suicidio, y entonces se hace necesario un reposo perentorio hasta recuperar el estado original. Por fin te dejas caer sobre la cama y respiras hondo, pero el vaho te asfixia y te hace vomitar, hasta que estiras los brazos y te abandonas a un sueño turbulento que se confunde con los gritos de afuera y los sonidos del teléfono.

Abres los ojos y ahí, junto a la almohada, reposa una carta. Miras alrededor, pero no hay nadie, ella tampoco está, sientes escalofríos,

la fiebre ya va pasando. Sí, en efecto, la carta es de tu socio, no le has escrito, pero él lo hace, sospechas algo, abres la carta de un tirón, aunque tus dedos tiemblan. Tus ojos recorren la hoja color azul pálido y leen, tu socio quiere que vuelvas, dice, porque la empresa se viene abajo inexplicablemente los magos de la compañía no quieren trabajar más para ti. Ha hecho infinitas llamadas telefónicas, Las Vegas, Estocolmo, Amsterdam, Jamaica y los magos contestan que sí, que se van a trabajar para otro que no quieren decir quién es, y termina la carta con una angustiada pregunta, qué hacemos. Te detienes junto al balcón y miras al vacío; de momento, no sabes qué hacer, habrá que averiguar quién te traiciona, y de repente no piensas nada más, porque oyes que la puerta se abre, y ella se detiene silenciosa en el umbral.

Agita unos papeles en la mano, tienes que firmarlos, dice tranquilamente, para que cada uno siga en paz por su lado. Tú sientes que se te calienta el rostro, tienes deseos de pegarle, vas a gritar pero sólo aciertas a decir debí imaginármelo, y la carta se te cae de las manos. Entonces la tomas de los brazos y la empujas hasta la cama, ahora gritas, le pegas una y dos veces, tus dedos comienzan a rodear su cuello, pero se detienen, ella lucha por librarse, tus manos pegan hasta que ya no alcanzan el rostro desmayado sobre el lecho. El teléfono suena, quieren saber qué pasa, una pequeña discusión, perdonen, y de nuevo miras el cuerpo de tu mujer, y de repente recuerdas a Sung-Ling, tu gran acto mágico, nada podrá robarte ese triunfo, te vistes agitadamente, dejas una nota sobre la cama y cuando viene a buscarte el ascensor, te encuentras impecablemente vestido y peinado, y el ascensorista sonríe y señala la jaula, ah otra vez, dice, y tú, sí, ríes, nerviosamente, sí, la jaula, las palomas, pobres, estaban enfermas.

Hay una gran concurrencia que ni notará tu espectáculo, justamente lo que necesitas porque no lo anunciaste, aparentemente harás lo mismo, pero esta vez harás algo superior, algo de lo que no se percatarán totalmente pero asegurará tu triunfo. Comienzas por los pañuelos, los vas sacando deliciosamente enlazados del sombrero de copa y de tus mangas, algunos tímidos aplausos, no sonríes, pasas a hacer las cartas, menudas, sigilosamente se deslizan en tus manos. Aprovecharás el momento del fuego, sí, el gran instante del fuego, que te rodeará y no podrá ni rasgar tus ropas. Ahora te quedarás en concentración, esperarás que surja la llamarada y apelarás a las claves de Sung-Ling, comenzarás a sentir el mal sabor en la boca y luego deberás actuar en el breve plazo de que dispondrás.

La noche está bastante iluminada, pero no importa, debes llegar a tiempo, te sitúas frente al hotel y esperas que salga, entonces ella se dirige a donde la citaste, en los muelles hay menos luz y entonces

puedes tomarla del cuello y apretar fuertemente, para más tarde hacerla desaparecer entre las aguas. Tu cuerpo seguirá rodeado por las llamas, deberás permanecer inmóvil, pues cualquier movimiento romperá el desdoblamiento, algunos espectadores aplaudirán y los demás seguirán como si nada, pero ya tú habrás penetrado el secreto que te anunciaba Sung-Ling. Sientes ruidos cerca del muelle, el cuerpo pesa entre tus brazos, comienzas a correr, debes arrojarlo al agua antes que puedan verte. Pero entonces tu carrera aumenta, jadeas pero no puedes detenerte, el cuerpo no se cae, le sientes aferrado a ti, ya ves el borde del muelle, quieres detenerte, pero algo inexorable te impulsa con más fuerza, es inevitable que caigas y tu cuerpo al fin cae junto al otro cuerpo y suena como si fuera uno solo, un leve chasquido precede al desvanecimiento entre las aguas. Los espectadores volverán hacia ti la mirada con gran interés, por fin sucederá algo raro, el fuego se desvanecerá y tú permanecerás un instante inmóvil, de repente notarás que ya no estarán contigo las claves de Sung-Ling y en medio de una delirante y cerrada ovación permanecerás inmóvil, y tu cuerpo al fin se desplomará como un inútil muñeco que no servirá más de diversión.

Las claves de Sung-Ling no estarán contigo, mientras poco a poco los espectadores rodearán tu cuerpo, levántate ya, mago idiota, gritarán, y en la bahía flotará más tarde un solo cuerpo estrangulado, y mucho más lejos, tú no lo sabrás, un anciano mago sonreirá orgulloso mientras tu socio le dará palmaditas agradecidas, tu cuerpo será cargado en hombros fuera del club, porque aquí no ha pasado nada, serán muchos los magos que a diario morirán en el mundo porque no poseerán las claves, los magos que como tú recibirán la extraña caja con el gran secreto, que se lamentarán de sus palomas, pobres, estarán enfermas, y mucho más allá, Sung-Ling sonreirá apacible porque poseerá las claves para siempre, y tu cuerpo será sepultado en el panteón de los medianos artífices, mientras un fiel coro de buenos oficiantes te dedicarán unas palabras, magos de Amsterdam, magos de Asia Menor, magos de los mares del Sur, Sung-Ling sonreirá entre todos ellos, magos todos del mundo rogarán por tu descanso eterno.

Tomás López Ramírez
Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe
Madrid